

# Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes  
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXII

Noviembre de 1945

Núm. 245

## Puntos de vista

### Horas decisivas

*A* CASO el mundo no se haya encontrado nunca en un momento tan crítico como el actual. Salido de una guerra cruentísima, sin restañar todavía las heridas, absorto de estupor doloroso, se diría cegado, deslumbrado aún por el resplandor de las explosiones bélicas.

Se hacen patentes, a poco que nos fijemos, la desorientación y la angustia; quedan todavía restos de odios pasados y de humillaciones, de visiones cruentas, de sinsabores. Y es que cinco años de lucha no pasan en vano. Esos largos meses han dejado necesariamente sobre la tierra una estela de muerte y de resquemor.

El fenómeno actual es, sin duda, secuela de aquellos años. No nos sorprendamos, empero, de una tal herencia. Toda guerra se prolonga indudablemente en la beligerancia posterior de las cancillerías y en los espíritus.

Mas, en este caso, los problemas planteados por el cese de las hostilidades alcanzan un radio excesivo. No se advierte el deseo de lograr la paz definitiva y completa, la paz que además de paralizar los instrumentos de guerra, desarma los espíritus y los abre al amor y a la esperanza.

Se diría que la inquina y el recelo entre las naciones son más fuertes que nunca. Los nacionalismos están despiertos y empujan a las gentes hacia la incomprensión o la simple ignorancia del vecino. Se advierte que la lucha cegó las mentes más claras, nubló

los espíritus más serenos y paralizó las voluntades de aquellos llamados a imponer sobre la humanidad el influjo beneficioso de su predominio moral.

Por doquiera que extendamos la vista contemplaremos la querrela y el desorden, el descontento y la desconfianza. Nuestra América parece añorar los tiempos en los cuales la tiranía castrense y el cesarismo imponían su dominio. El término de la guerra ha desatado la ambición de mando en unos y el egoísmo en otros. La atención, antes distraída en más perentorios estímulos, se ha polarizado en las rencillas y odios domésticos; el caudillismo y la montonera se mueven. Esa América, la misma que nosotros considerábamos singularmente propicia para regir los destinos futuros del mundo en un comentario anterior, es la más agitada e inquieta.

Oriente, a su vez, arde de nuevo en las luchas seculares. De norte a sur los viejos y legendarios pueblos se conmueven en la sacudida guerrera. Junto al odio de razas y de religiones se mueven intereses y estímulos inconfesables. De un extremo al otro del extenso continente masas de hombres se lanzan las unas contra las otras, utilizando las mismas armas con que fuera vencido el invasor. Las viejas fraternales alianzas se rompen. Los pactos son ya letra muerta.

En Europa —amenazada por mil calamidades— los espíritus siguen hoscos y engrifados. Reviven las apagadas querellas, las disputas fronterizas, las diferencias raciales, los odios políticos y las nacionalidades artificiales. Zonas extensas de su territorio están vedadas a la libertad más elemental. No hay acuerdo sobre el destino futuro de muchos pueblos y falta la fe y la esperanza que tan altas estuvieron durante los oscuros meses de la lucha liberadora.

Se mantienen los mismos valladares a la solidaridad. Nadie quiere aprender la tremenda lección de la guerra. La humanidad sigue dividida en zonas de privilegio y de miseria. Surgen, más potentes que nunca, las polémicas de clase.

La paz no ha sido desgraciadamente como creímos el final de los odios. La paz ha sido hasta ahora una palabra vana. Cesaron las hostilidades, terminaron las horrendas noches de pesadilla, los bombardeos, los combates. Pero ahora domina algo más pernicioso y de peores consecuencias para el porvenir. Es el odio y las ambiciones nacidas con la lucha y que la paz no ha conseguido matar.

Si la guerra se hizo para liberar el espíritu del hombre, resulta paradójico que en estos momentos los conflictos de ella derivados sean tan voluminosos como la guerra misma.

Si la humanidad ha de entrar en una etapa de serenidad, deberá forjarse la idea de olvidar muchas viejas ideas. Deberá acallar los estímulos del nacionalismo, el falso patriotismo que ciega las inteligencias esclarecidas; deberá matar toda idea de predominio, todo dogmatismo exclusivista. Deberá abrir el pecho de los hombres al amor y sus mentes a la comprensión.

Se necesita desterrar de los espíritus toda idea de revancha o de servidumbre y hacerles comprender la razón y el impulso inicial de la última guerra. Es preciso acallar toda voz que estimule el predominio de la fuerza sobre la razón y la justicia. Es preciso, sobre todo, apagar el eco de la guerra haciendo una política de estricto sentido humano y universal.

Prolongar el estado de cosas actual es jugar peligrosamente con el futuro del mundo. La humanidad está todavía convaleciente de las heridas recibidas en el conflicto bélico y necesita reposo para ellas y paz en los espíritus. Sólo así, entendiendo el problema con el ánimo abierto y desinteresado se habrá llegado a superar la crisis de la post-guerra.